**Antón Costas**

# Lo que el triunfo de Trump revela

Qué es lo más urgente después del sorpresivo triunfo electoral de Trump? En mi opinión, no es tratar de adivinar las consecuencias económicas y políticas de las hipotéticas decisiones que vaya a adoptar la nueva administración norteamericana. Para esto ya habrá tiempo, una vez vayamos conociendo cuáles son esas decisiones. Lo urgente ahora es tratar de comprender las causas de su triunfo y sacar lecciones adecuadas. Especialmente en Europa.

Supongo que a muchos de ustedes les habrá pasado lo mismo que a mí el miércoles. Mi familia y muchos amigos no dejaban de enviar mensajes desde primera hora. No podían entender cómo un personaje intelectualmente deshonesto, misógino, racista, demagogo, autoritario y fascista no había pagado ningún precio político por esas actitudes deleznables.

He de decir que para mí no fue del todo sorpresivo. En un artículo publicado en esta misma sección después del referéndum británico confesaba mi temor a nuevos Brexits. Es decir, otros intentos de *salir* de un orden económico y político que muchos ciudadanos ven como lesivo para sus condiciones de vida y para su futuro. Un sistema que los abandona a su suerte ("Los otros Brexits", 27/VII/2016). Había habido ya algunas señales en las elecciones previas que se habían celebrado en Europa desde el inicio de la segunda recesión en el 2011, entre ellas las catalanas. Pero, sin duda, el Brexit primero y ahora el triunfo de Trump es una señal de alarma máxima.

Por cierto, el Brexit y las elecciones norteamericanas nos enseñan que, cuando los ciudadanos se enfrentan a una decisión bipolar (sí o no; líder A o B), el resultado es más radical que en unas elecciones multipartido. En Europa tenemos a la vista elecciones bipolares de este tipo: el referéndum italiano del 4 de diciembre y las presidenciales francesas del próximo año.

¿Qué hacer? El riesgo es demonizar a Trump y no entender qué ha hecho posible su triunfo. Muchos ciudadanos no han votado al personaje misógino, autoritario y racista, sino al que hablaba de los problemas que les preocupan, agobian y les hacen sentirse abandonados. Aunque no hubiese sido Trump, habrían votado a un candidato antisistema, populista.

¿Qué nos deja ver, entonces, el triunfo de Trump? Que el malestar social existente en nuestras sociedades es mucho más amplio, intenso, duradero y políticamente perturbador de lo que hasta ahora pensábamos. Un malestar cuya causa es, a la vez, simple y compleja.

Simple, porque su raíz está en la pérdida de ingresos que desde los años ochenta –no sólo desde la crisis– han venido experimentando las clases medias y trabajadoras de las sociedades desarrolladas. Un reciente informe del McKinsey Global Institute señala que entre el 65% y el 70% de los hogares de los países avanzados han sufrido una fuerte caída de ingresos. Y que si las cosas no cambian, esa caída seguirá en la próxima década (*Poorer than their parents? Flat or falling incomes in avanced economies,* mayo del 2016). La pobreza y la desigualdad aumentarán.

> Muchos no han votado al personaje misógino, autoritario y racista, sino al que hablaba de los problemas que les agobian

Compleja, porque las motivaciones son variadas. Los mapas electorales del Brexit y de los votantes de Trump muestran que no han sido únicamente los que más han padecido la caídas de salarios y el desempleo los que votaron esas opciones. También lo hicieron muchos pensionistas y personas acomodadas. Este apoyo ha sido mayor en las zonas que más han sufrido los efectos de la desindustrialización y de la inmigración asociada a la globalización y al cosmopolitismo dogmático dominante desde los años ochenta. Hay, por tanto, raíces culturales detrás del Brexit y de Trump.

Pero, en todo caso, la desigualdad es un fenómeno de profundas consecuencias sociales, políticas y sistémicas. Sociales, porque seca el pegamento que toda sociedad necesita para funcionar armoniosamente. Políticas, porque fagocita el centro político y la democracia se polariza, con riesgo de quiebra. Y sistémicas, porque asesina al capitalismo inclusivo.

Aun así, el pesimismo está sobrevalorado. No es probable que el cielo se nos venga encima. Pero, paradójicamente, son los organismos internacionales –el G-20, el FMI, la OCDE– y la Comisión Europea los que alimentan el pesimismo. Se muestran preocupados por la creciente desigualdad y sus efectos políticos, pero no hacen nada para reducirlo. Al contrario, lo estimulan con sus políticas erróneas, como la austeridad. Mientras, los líderes populistas ofrecen un contrato social que cuestiona la globalización y el cosmopolitismo y gana apoyos.

Les aseguro que en el pensamiento económico producido en los últimos años hay propuestas para hacer frente a esta situación. Propuestas que, por un lado, buscan mantener un orden económico abierto y, por otro, poner en marcha políticas internas que afronten el malestar social. Pero el conocimiento no es poder. Hace falta acción desde el centro político.●

JORDI BARBA

A. COSTAS, *catedrático de Economía de la Universitat de Barcelona*

**Pilar Rahola**

# Populismo

El peor enemigo del pensamiento crítico es la autosuficiencia. Nada es más eficaz para vacunarse contra la autocrítica que encontrar un tonto útil al que demonizar, con la ingenua convicción de que lo ajeno siempre es peor que lo propio. Lo decía Oscar Wilde de forma bella: "El hombre nunca es sincero cuando interpreta su propio personaje. Dale una máscara y te dirá la verdad". Y hoy la máscara tiene la cara de Trump, útil entre los útiles para sentirnos complacidos y olvidar nuestras miserias.

Por supuesto, Trump lo pone fácil, especialmente ese Trump histriónico, bocachancla y radical que ganó las elecciones. Y si sigue colocando a tipos como el infecto Stephen Bannon, continuará pareciéndose más a la caricatura del candidato que a un presidente.

Pero la cuestión no es qué significa Trump en EE.UU., sino el retrato preciso que nos devuelve a los europeos, tan llenos de trumpismo por las costuras y al tiempo tan convencidos de nuestra superioridad ética. Europa siempre fue ese continente con un doble complejo respecto de Estados Unidos: un inequívoco complejo de superioridad –estos tipos con botas, incultos y que no encuentran un país en el mapa– y un intenso complejo de inferioridad, no en vano siempre llamamos a los yanquis para que nos salven el trasero.

> Somos más 'polite' que Trump, sin muros ni expulsiones, convirtiendo el Mediterráneo en un foso

Sin embargo, lo que dice Trump ¿es tan insólito en Europa? Veamos: el tipo asegura que expulsará a tres millones de ilegales, aunque cabría recordar que Obama no lo dijo pero hizo lo propio. Mal, pues, pero ¿qué hacemos aquí? Tenemos un Mediterráneo con miles de muertos al año, todos ellos "emigrantes ilegales" a los que no expulsamos, sencillamente porque los dejamos morir en las puertas. Gentes que luchan por escapar del hambre y la miseria y a los que no contamos porque hemos decidido que no existen. Eso sí, lo hacemos más *polite* que Trump, sin muros ni expulsiones, sólo convirtiendo el Mediterráneo en un gran foso que engulle nuestras tragedias. Y si vamos más allá, no sé qué dice Trump de los refugiados –seguro que algo pésimo–, pero sé perfectamente qué hace Europa: condenar a tres millones de seres desesperados a vivir sin futuro, tutelados por una Turquía que está en manos de un tirano. Ni a Trump se le ocurriría tamaña maldad. Y sumando...

Por ejemplo, no tengo duda de que el populismo es –como dije en una entrevista en *La Nación* de Argentina– primo hermano del fascismo, y Trump es un populista de manual. Sin embargo, ¿podemos afearlo desde Europa? Veamos: Marine Le Pen en Francia, Austria hecha unos cirios, los nazis en el Parlamento griego, Putin *putineando* por ahí, los ingleses yéndose, Bulgaria con un roto, Hungría con otro, populismos a la izquierda creciendo, y entre todos, el yihadismo triunfando en nuestros barrios europeos. Pero mientras tengamos a Trump para escandalizarnos, seremos felices. Es lo de la mirada tuerta, que nunca mira cerca.●

**Jordi Llavina**

# El guardián de las trufas

Tomo prestado el título de mi artículo de la primera novela de Fèlix Edo, escritor de Vilafranca (els Ports), que acaba de publicar Barcino. Relata la experiencia de un prófugo de la guerra, Leovigild Tena, masovero de la masada perdida de Forès, en el término de Benassal. Los avatares del desertor, sin embargo, no ocupan tantas páginas como la existencia que llevan sus supervivientes (el abuelo de la casa, los tíos, la viuda y el hijo huérfano). Planteada así, en la síntesis empobrecedora del argumento, esta podría parecer una novela más sobre la Guerra Civil, un asunto que continúa haciendo derramar tanta tinta como, en su momento, hizo derramar trágicamente tanta sangre.

*El guardià de les trufes* se divide en cuatro partes, correspondientes a las cuatro estaciones, más una adenda, en la que el niño de los primeros capítulos –un hijo que jamás conoció a su padre– se ha hecho viejo y ahora, en un descanso para tomar un bocado en su anual búsqueda de trufas, habla con su hijo. El progenitor hace ver al hijo que este ya es mayor de lo que era su padre cuando se dispuso a escapar de la guerra y del mundo. Y entonces el protagonista deja caer la sentencia que, a mi juicio, resume el espíritu del libro: "Nuestro mundo desapareció sin apenas darnos cuenta". En el inicio, el autor había dedicado la novela a sus padres, "que provienen, literalmente, de otro mundo".

Y aquí está uno de los muchos atractivos de la obra: que nos hace entrar en ese mundo finiquitado, el de las masías diseminadas, crecidas en plena naturaleza. Que nos hace presente, en definitiva, una realidad ingrata y auténtica, a la vez. Fèlix Edo, por medio del relato familiar, ha vivido intensamente ese mundo de ayer, y nos lo transmite con una prosa bellísima, cargada de voces fragantes y de sabor fuerte. Su narración, contrapuntada de descripciones de la vida rural (la siega, la vendimia, la matanza del cerdo), va *construyendo* un admirable territorio literario ("el paisaje que calma y no clama"). Aquí menudean animales de todo tipo, mayormente salvajes: jabalíes, linces, cuervos o jilgueros que el niño se aplica en criar, águilas, raposas, renacuajos y sapos... ¡Y qué presencia tiene en el texto la gente de antaño, como acechándonos detrás de un párrafo; hombres y mujeres que, al decir de la cita inicial de Pla, comían todo con pan, "costumbre de la vida antigua"!●